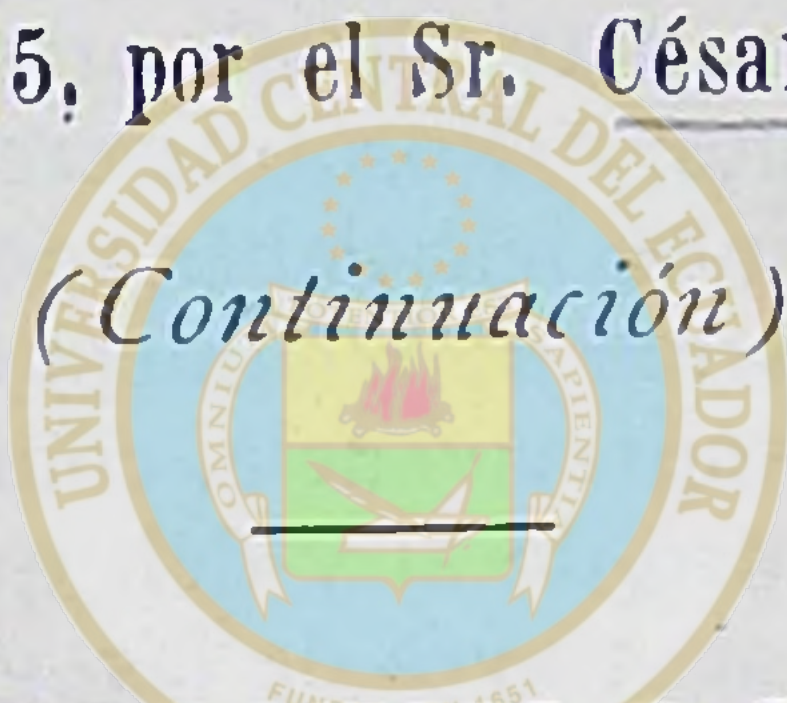


BREVES APUNTES

SOBRE IDEAS MODERNAS DE CRIMINOLOGIA

Tesis previa al grado de Doctor en Jurisprudencia, leída el 31
de Julio de 1915, por el Sr. César H. Semblantes



CAPITULO II

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LA LEY NATURAL

Hemos visto en el gran cuadro de la naturaleza: la tierra, formando sus cortezas, solidificando su masa, envuelta por una atmósfera densa y borrosa y herida por un sol turbio y vacilante; la vida, imprecisa y vaga, hasta cuando el planeta apropie condiciones, formando el medio en el que debía aparecer el hombre.

No queremos detenernos en digresiones, sobre si la humanidad ha nacido de diversas especies (poligenismo) o de una sola especie (monogenismo): los Linneo, Buffón, Humbolt, Cuvier, Lamark, Muller, Lagrange, nos enseñan: "que todos los hombres son de la misma especie, y que no hay en el planeta sino una sola especie de hombre."

Cuando entramos en el campo de la Etnografía, estudiando las razas, una vez formadas y tales como se presentan en los diversos puntos de la esfera, no encontramos dificultad; pues sabemos que la blanca puebla Europa, el Norte de Africa, el

Occidente de Asia y gran parte de América; la amarilla el Asia Oriental; la negra el Centro de Africa y parte de Oceanía; y la colorada puntos de América del Norte. Que hay diversos caracteres, que forman el tipo de la raza y diferencian una de otra; y que ayudados por la Historia, y como consecuencia de la distinta fuerza intelectual, la civilización ha principiado con la blanca, se ha desenvuelto con ella, para quizás en un mañana no lejano ceder su puesto a la amarilla. Pero cuando penetremos en el por qué de la diferencia, en la razón de la diversidad, la Etnología nos presenta puntos oscuros, problemas insolubles. La coexistencia de la raza negra con zonas que se hallan bajo la línea equinoccial, ha dado como causa de diferenciación el factor climatérico; mas la sequedad de la atmósfera, se la ha tomado como más predominante, y con Darwin, las variaciones espontáneas y la selección sexual; pero todas, a mi modo de ver, no dan solución al gran problema, sino en parte.

Hemos dicho que en la época cuaternaria, apareció el hombre: qué trajo dentro de sí? tuvo alguna norma compleja de conducta inherente a su naturaleza? presintió porvenires risueños, vastas orientaciones? Nosotros creemos que no trajo dentro de sí, sino un instinto, insaciable, persistente de conservación natural; que su norma de conducta fue un impulso, espontáneo y febril hacia la supervivencia, como resultado del instinto que germinaba dentro de sí y del que debía, mediante el esfuerzo de los siglos, al través de las generaciones, surgir los procesos psíquicos más complicados de los hombres superiores. Que su porvenir, su orientación, no fue otra que la de luchar, vencer, para no ser absorbido por las grandes fuerzas de la naturaleza.

Vamos a verlo:

Naciendo el individuo, con necesidades que satisfacer, era natural que buscara su alimento a costa de crueles sacrificios, La naturaleza no le ofrecía sino vegetales que tenía que ir asimilando a su constitución y disputándose con su terribles compañeros; por tanto, hay un período de repulsión, en el cual lucha el hombre con las fuerzas cósmicas, lucha con los animales que quieren subyugarlo y lucha con los demás hombres que, con iguales tendencias, se dejan arrastrar por la fuerza de su instinto, convirtiéndose el escenario del planeta en un campo de lucha; de ésta puede nacer el equilibrio de las fuerzas, la paralización de colisiones; el equilibrio de las fuerzas, puede dar margen a la cooperación, al mutuo auxilio, ya que cesando la lucha se hace posible que los hombres comprendan que la unión es más útil que la destrucción; ya sea que el auxilio se pronuncie por impulsiones imprevistas, o ya por un acuerdo

nacido de las circunstancias y buscado por los hombres.—Quien se ayuda para un fin dado, quién aúna esfuerzos en beneficio común, quién tiende a la consecución de un mismo objeto, natural es que armonice caracteres, unifique voluntades y persiga similitud de acciones entre los de su grupo, naciendo así, una especie de satisfacción, un vago placer, en la satisfacción y placer de los demás; es decir, apareciendo el germen de la simpatía, como lazo de unión entre los hombres. De la simpatía nacerá el instinto social, y este vigorizará la simpatía, siendo causa de la asociación y efecto de ella, según los grados en que la apreciemos.

Se ha creído, que el hombre desde su aparición al concierto de la vida, entró en la familia, formándose desde sus comienzos, la primera agrupación social; no lo creemos: La familia forma el santuario del corazón, donde se glorifica la vida y se eleva himnos a la naturaleza, al calor de una llama inextinguible. La familia forma el hogar: nido de afecciones puras, donde revolotean las blancas mariposas de la ilusión acicadas por los dulces agujones de la esperanza. La familia es amor, germinando el poema de la vida, al resplandor de ensueños venturosos. La familia es comunión de almas, vinculación de corazones; supone conciencia, moralidad, perfectibilidad y nada de esto podemos hallar en el hombre primitivo. Se me objetará que es una familia rudimentaria, a que hacen referencia los moralistas de antaño, no aquella de que formamos parte; pero la unión sexual, la procreación brusca y pasajera, no puede formar familia, en el sentido social de la palabra; tanto es que en los primeros tiempos, encontramos al matriarcado sentando sus reales por una larga época; deduciéndose, de que no existió familia en la forma que concebimos esa institución; pues el procreador, siguiendo sólo los impulsos de su instinto, y sin los lazos de unión que debían nacer más tarde, dejaba a su prole a expensas de la madre, llevando una existencia errante y vagabunda, y quizás sin conocer al fruto de su vida; de ahí que la mujer, con la prole entre sus brazos, bregara sola sin que le ligue nada al que debía ser su compañero.

El instinto de conservación se desarrolló, las necesidades crecieron y el hombre halló, en la asociación, el mejor medio de lucha por la vida; por eso tendió a perfeccionar la familia, con la nueva manifestación del patriarcado, formándose después, en creciente desenvolvimiento, las diversas agrupaciones sociales, desde la *gens* a la *fratria* hasta la nacionalidad moderna.

El hombre, presentándose en el vasto panorama del planeta, con una especie de maleabilidad cerebral, apta para recibir impresiones, iba almacenando dentro de sí diversas asociaciones,

nacidas del medio externo en que flotaba; estas asociaciones vueltas a reproducirse, por la repetición de actos que habían sido favorables a su vida, convertíanse en habituales y luego instintivas; las mismas que engendrarían después el sentido moral, el código normativo de conducta que debía regir y gobernar los actos del hombre ya más perfeccionado.

Por consiguiente, el sentido moral, no ha nacido con el hombre: los diversos estímulos externos, produciendo sensaciones, asociaciones y procesos psíquicos más complicados, dentro del cerebro humano, han ido repitiéndose y acrecentándose a medida que se ha extensificado la necesidad y el medio telúrico y social ha podido producir transformaciones, formando un substractum orgánico de impresiones y modificaciones, hasta involucrar una especie de facultad moral; evidenciándose que nuestro fuero interno, nuestras nociones de moralidad, nuestras impulsiones de placer o dolor no existen en nosotros, por sí mismos, si no que en ellos debemos hallar los gérmenes de moralidad, las impresiones recibidas por nuestros ancestrales y que han sido transmitidos de generación en generación y elaborados por las experiencias sucesivas de los antepasados.

Como dice un moralista contemporáneo, "la impresión produce su correspondiente modificación nerviosa, a una persistente serie de impresiones, corresponde, así mismo, una persistente serie de modificaciones; y cuando con más frecuencia se produzcan estados psíquicos en determinado orden, mayor es su tendencia a la cohesión, hasta que por fin se hacen inseparables; y si se admite que esta tendencia sea hereditaria, es claro que finalmente resultará una conexión instintiva de acciones nerviosas, en correspondencia con las relaciones externas. De un modo semejante, si a consecuencia de un cambio del medio, los individuos están frecuentemente en contacto con una relación, cuyos términos son un poco más complicados; si la organización de la especie está bastante desarrollada, para impresionarse por estos términos en sucesión próxima, entonces se constituye gradualmente una relación interna que corresponde a la relación externa y a la larga se hace orgánica. Esto mismo ha pasado con las impresiones de cooperación, de la armonía de los intereses, etc.: al principio producían puramente acciones reflejas, luego después habituales y posteriormente orgánicas".

La sociedad es fuente generadora de derechos.—El hombre es moral porque es sociable; sin sociedad, no habría reglas de dirección de la conducta: ésta, como manifestación externa de la personalidad humana, supone relaciones, puesto que no se concibe una conducta recta, arreglada a normas preexistentes, si no hay limitaciones de acción en pro de la comunidad,

ya que sin la condicionalidad que esta supone, lo mismo es una conducta ajustada a preceptos de moral o una dirección desordenada, sujeta a los dictados del capricho y a mal entendidos egoísmos.—Por eso es que el hombre primitivo carecía de moral, ya que no siendo la asociación el primer estado de su vida, perseguía su fin, bajo el impulso de la necesidad y el imperio de las fuerzas de su instinto.—En el seno de la multitud se ha elaborado lentamente el código de conducta que rige a la humanidad, en la marcha progresiva hacia su meta.—El individuo no tiene otros derechos que los nacidos de las relaciones sociales.—La subjetividad del ser pensante es formada por múltiples condiciones como un panal de innúmeras sustancias.—El cerebro es un inmenso receptor del complejo cinematógrafo que le presenta el medio cósmico y social.—El ambiente ético moldea al individuo, a la familia, a la tribu, a la ciudad, a la nación, a la raza y a la humanidad, siendo formado por todos; él obra y reobra sobre el ser consciente y éste influye y refluye sobre aquél.—Nada es congénito en el hombre primitivo, sino un instinto ciego y persistente; todo se elabora en la conciencia, y, por tanto, todo es esencialmente adquirido. Estudiad el desarrollo de los hechos, con la sucesión de las edades y encontraréis el germen del desenvolvimiento psíquico, del elemento étnico y el verdadero génesis de la moralidad y todas sus consecuencias: Apareció el hombre con una ley ineludible que cumplir, de ahí nació el derecho; de la similitud de fines, nació el deber; de la necesidad de cooperación y mutuo auxilio, surgió la sociedad; de la necesidad de protección, nació el estado; de las limitaciones de acción entre los elementos sociales, brotó la ley; de la intensificación y extensificación de la necesidad, surgió el progreso; y de la compenetración de todos, nació la humanidad... y así ha ido evolucionando el hombre, hasta formar el gran laboratorio, en el que hoy vive.

Darwin atribuye el origen del sentido moral a la simpatía instintiva que sentimos por nuestros semejantes; "Spencer, al raciocinio, que habiendo hecho comprender a las primeras agregaciones humanas la necesidad de ciertas reglas de conducta, se ha convertido en costumbre intelectual y transmitida por herencia a la posteridad se ha convertido en instinto.—Estas intuiciones morales fundamentales, se han desarrollado y se desarrollan aún en la raza, y aun cuando son el resultado de experiencias de utilidad, acumuladas y convertidas gradualmente en orgánicas y hereditarias, en la actualidad son por completo independientes de la experiencia consciente.—Todas las experiencias de utilidad organizadas y consolidadas, a través de todas las generaciones pasadas de la raza humana, han producido mo-

dificaciones nerviosas correspondientes, que por trasmisión y acumulación continuas, se han transformado *en facultades de instrucción moral*, en emociones correspondientes a la buena o mala conducta, que no tienen base alguna aparente en las experiencias de utilidad individual.—El agrado o el desagrado, han llegado a hacerse orgánicos por la herencia de los efectos de la experiencia agradable o desagradable que hicieron nuestros antepasados” [1].

Tanto la hipótesis de Darwin, como la de Spencer me parecen verdaderas; pues, como venimos demostrando, la simpatía engendró el germen de la moralidad, ya que por ella se hizo posible la asociación, desde la familia hasta las agrupaciones más perfeccionadas; y el raciocinio, porque los hombres, vinculados por los lazos de la simpatía, comprendieron que la ayuda mutua era el mejor medio de lucha por la vida y que todo aquello que tendía a esa ayuda era útil y lo contrario nocivo; vislumbrándose así las primeras nociones del bien y el mal, según tiendan los individuos a lo favorable o desfavorable a la conciencia del grupo.—“En la familia y en la tribu primitivas, los sentimientos de interés común y la reprobación que ordinariamente acompañaba a toda acción del individuo contraria a la asociación, debieron dar origen a la idea del bien y del mal: esta idea transmitida por la herencia a las generaciones sucesivas, debió convertirse en un instinto más o menos pronunciado” [2].

El derecho natural dice Tomás de Aquino “no es otra cosa que una participación de la ley eterna en la criatura racional y sus caracteres son la universalidad, la evidencia y la inmutabilidad; es pues una propiedad ingénita de la naturaleza del hombre con que discernimos el *bien* y el *mal* y nos reconocemos obligados a practicar el primero y a evitar el segundo”. El derecho natural, como compenetración de algo interno, innato en el hombre, que ha nacido en él, y se ha desenvuelto con él, sin la influencia de causas extrahumanas; el derecho natural como un soplo divino, que ha penetrado en la conciencia humana, orientando su destino y guiándola hacia el camino del bien y apartándola del camino de la inmoralidad y la injusticia, es un templo derruido por la observación y la experiencia.—Fácil es demostrar que no hay una regla de distinción entre el bien y el mal; lo bueno para unos, es malo para otros, la relatividad de la moral es un punto que nadie lo discute.

No indagaremos si todo lo que es malo en nuestro tiempo y en nuestra sociedad ha tenido siempre y en todas partes el

[1] Spencer.—Bases de la Moral evolutiva.

[2] Maudsley.—La responsabilidad de las enfermedades mentales.

mismo carácter.—Esta cuestión sería poco menos que infantil, escribe Garófalo, y continúa así. “¿Quién no recuerda haber leído que en las costumbres de muchos pueblos, no sólo se tolera el homicidio, sino que se considera como un sagrado deber para los hijos de la víctima? ¿Que el duelo se ha castigado con penas gravísimas, a veces se ha legalizado hasta el punto de ser una de las principales formas de procedimiento? ¿Que la blasfemia, la herejía, la hechicería, el sacrilegio, considerados en otras épocas delitos gravísimos, se han borrado de los códigos de los pueblos civilizados? ¿Que el saqueo del buque naufrago se hallaba autorizado por las leyes de algunos países; que el robo y la piratería han sido por espacio de siglos, los medios de existencia de pueblos hoy civilizados?; que si prescindimos de la raza europea, nosotros aun entamos, y americana, antes de encontrar pueblos salvajes, hallaremos sociedades semicivilizadas que permiten el infanticidio y la venta de los niños, que consideran la prostitución acción honrosa y para los cuales es una institución el adulterio? Las narraciones de viajeros antiguos y modernos, acerca de las costumbres de los salvajes, enseñan que el parricidio, ha sido en muchas tribus una costumbre religiosa: el sentimiento del deber filial, llevaba a los masajetas, a los sardos, eslavos y escandinavos, a matar a sus padres decrepitos o enfermos. Se dice que los habitantes de la tierra de Fuego, los de Fidge, los de Batta, los Kamtschadales y los de la nueva Caledonia, siguen, hasta nuestros días, esta horrible costumbre. El homicidio por mera brutalidad es frecuentísimo en muchos pueblos de Australia, de Nueva Zelanda, de las Islas Fidji, del Africa Central, donde los guerreros matan a un hombre para demostrar su fuerza o su destreza, para ejercitarse, para probar sus armas, sin que esto alarme en lo más mínimo la conciencia pública. Se refiere de Thaiti y de otros puntos, hechos de antropofagía, sin más móvil que la glotonería.—El homicidio para robar a la víctima, lo han practicado siempre los salvajes de una tribu, con la de las inmediatas.—Recordemos ahora, los usos del mundo clásico: El culto de Venus y de Príapo, los amuletos fálicos, la prostitución religiosa en Chipre y en Lidia, la cesión de la mujer propia a un amigo, de lo cual hubo ejemplos en Roma; el adulterio admitido en las costumbres de Esparta, cuando el marido era inepto para la procreación; el amor hacia individuos del mismo sexo, de que los escritores griegos hablan, como de una cosa no solamente tolerada sino digna de encomio; [1] el matrimonio entre herma-

[1] Esta costumbre se asentó entre los Césares romanos por un largo tiempo.

no y hermana, en las familias de los Faraones, costumbre que continuó aún en la época de los Ptolomeos, a pesar de ser éstos griegos.—Pero dejemos a un lado la Historia, la Geografía y examinemos la sociedad contemporánea. ¿Qué encontramos en ella? Reglas de conducta que forman lo que se llaman costumbres, entre las que hallamos unas comunes a todas las clases sociales, otras propias de cada clase, de cada asociación, hasta de cada círculo.—Todo está reglamentado desde las ceremonias más solemnes hasta la manera de saludar y de vestirse; desde las frases que deben pronunciarse en determinadas circunstancias, hasta las inflexiones con que se deben decir y la expresión que se les debe dar: a los que se rebelan contra semejantes reglas, se les califica de ignorantes o mal educados y excitan el desprecio” (1)

Perdónesenos esta larga cita, por ser necesaria para el punto que tratamos.—No existe un sentimiento que haya nacido con el hombre y que, por tanto, se haya manifestado en todas y cada una de las agrupaciones humanas: el sentimiento de piedad, en su forma simple de repugnancia a actos crueles, y el sentimiento de probidad, como manifestación del respeto a la propiedad ajena, ha creído Garófalo, que han acompañado al hombre desde sus primeros tiempos.—Pero por los ejemplos citados por él mismo, vemos la contradicción en que ha incurrido.—La piedad no cabía en el campo de discordia en que se desenvolvía la especie humana; la piedad supone simpatía, instinto de asociación y un sentido moral que dirija al hombre hacia lo bueno y éste, como ya hemos visto, se formó posteriormente:—En cuanto a la probidad, debió nacer con cierta evolución de las sociedades; puesto que supone respeto a los derechos de los demás, para que se respeten los nuestros.—De otro lado, todos los escritores están conformes en que la propiedad nació muy después: el mío y el tuyo se asentaron en una sociedad modernizada, siendo la comunidad el estado natural en los primeros tiempos.—El robo fue por una larga época un medio de vida y formó parte de la educación de un pueblo, altamente civilizado, como el espartano.

Afiancemos lo dicho con algo sacado de la Historia: “qué piensan de mí los persas, preguntó un día Cambises, soberano persa, a Prexaspes, cuyo hijo era su copero.—Señor os colman de alabanzas; pero creen que os gusta demasiado el vino.—Vas a ver exclama Cambises irritado si los persas dicen la verdad.—Si hiero en la mitad del corazón a tu hijo que ves allí en el vestíbulo, significará que los persas no saben lo que dicen.—Tiende su arco y una flecha atraviesa al hijo de Prexaspes.—El

[1] Garófalo.—La Criminología.

joven cae al suelo y el rey lo manda a abrir, para ver donde le había dado el golpe.—La flecha había atravesado el corazón.—El príncipe entonces exclama riendo y lleno de alegría, dirigiéndose al padre de la víctima, ya ves que los persas han perdido el juicio; dime hay alguien que apunte mejor?—Señor contestó Prexaspes no creo que el dios en persona pueda tirar tan bien" [1] y ambos se quedaron tranquilos, sin que al rey le repugnara el acto cometido, sino más bien sintiera la satisfacción de su destreza y al padre, sin que hiriera en los más mínimo el sentimiento de amor hacia su hijo.—Tamerlan, el gran mongol, mandó construir un monumento con los cráneos de los vencidos en sus luchas, saludando a los siglos con una irónica muestra de lesa humanidad.—Los reyes asirios mandaban inscribir en sus palacios toda la serie de crueldades que habían cometido con los pueblos sometidos a su yugo, como una especie de recomendación a la conciencia pública y como un signo de grandeza y poderío.—La Roma civilizada prescribió en la Ley de las Doce Tablas, el derecho de que el acreedor o acreedores podían repartirse en pedazos el cuerpo del deudor. Estos y otros muchos ejemplos, atestiguan que los sentimientos de piedad y probidad evolucionaron muy tarde.

El sentimiento del honor ha sido complejísimo y diversamente entendido por las agrupaciones humanas: el honor es el anhelo vehemente de que nuestras acciones se ajusten al criterio común de los demás, conservando incólume nuestro propio valer, ante el concepto público; queremos que las manifestaciones de nuestro mundo psíquico, la exteriorización de nuestra personalidad, el ejercicio de nuestra conducta, armonicen con el modo de pensar y de sentir de la comunidad; de tal manera que cuando obramos en obediencia a los dictados de la moral, y a las inclinaciones de la conciencia recta, suponiendo que la opinión del grupo sea ajena a las normas de moral, nuestros actos permanecerán sin mancha, no por *honor*, porque éste no tiene donde reflejarse, sino por *deber*, ya que obramos según los móviles de nuestro sentido ético y no por la fuerza de la opinión ajena.—Me atrevería a afirmar que el honor no reside en nosotros, no forma parte de nuestro ser; que es algo extrínseco a nuestra naturaleza y que en el fondo de ese algo vago e indefinido encontramos, acicatando nuestra actividad, otros móviles, sentimientos y pasiones que, revestidos del manto hipócrita de la dignidad, de la honra, conducen a grandes empresas, como a terribles desaciertos; esto sucede en los individuos, como en las grandes agrupaciones que llamamos pue-

[1] Herodoto.—Historia de Intafernes.

blos —Aceptamos el desafío, contestamos la bofetada, repelemos el insulto, nos vindicamos de un cargo oprobioso que se nos ha hecho, no sólo por lo que lastima, hiere nuestro fuero interno, sino más y mucho más por el mal concepto que van a formar los otros de nuestra actuación y de nuestro propio valer; de tal manera que el honor se retrata en la conciencia pública, como se reflejan los cuerpos en un inmenso espejo, siendo nuestro honor como el límpido cristal que no reproduce imágenes sino hay cuerpos proyectores.—Si esto es así, el honor jamás ha podido ser ingénito en el hombre, ni menos uniforme; ya que como medio de existencia necesita de que se haya formado el espíritu público, una forma homogénea en el obrar; suponiendo, por tanto, sociedades más o menos civilizadas que accionen bajo normas de conducta, sancionadas por el sentir y el pensar de la comunidad.

Varios pasajes de la Historia prueban que no se conoció el honor caballeresco, en el mundo clásico: Pericles, el que dió nombre a un siglo, el que brillantó la civilización de un pueblo por mil títulos grandioso, notó un día que un enemigo suyo, bajo y vil, seguía sus pasos en la plaza pública, injuriándole, y luego le perseguía con sus insultos hasta su habitación; pero él ni siquiera regresó la cara; llegado a su domicilio, llamó a un esclavo y le mandó que tomara una antorcha y acompañara a aquel hombre hasta su casa.—“Cuando un Jefe teutón provocó un duelo a Mario, este héroe le contestó que si él estaba cansado de la vida, él no tenía porque quejarse de ella, proponiéndole un gladiador emérito, con el cual podía batallar a su antojo.—Leemos en Plutarco, que Euribiades, Comandante de flota, en una discusión con Temístocles, levanta un palo para pegarle; pero no vemos que éste desenvainara la espada, sino que dijo: “pega pero escucha”.—Sócrates, al final de sus numerosas discusiones fué mil veces golpeado, desgracia que soportaba con calma; un día habiendo recibido una patada, la aceptó sin avergonzarse y dijo a uno, que de ello se asombraba: “si un asno me diera una coza, debería yo seguir con él igual procedimiento?—Otra vez, como alguno le dijera: este hombre os insulta ¿no os injuria? contestó no, porque lo que dice no es aplicable a mí.—Lucio Veracío, se divertía, por broma y sin motivo alguno, en dar un bofetón a los ciudadanos romanos que encontraba en la calle; para evitar largas formalidades se hacía acompañar, a este efecto, de un esclavo que llevaba un saco de monedas de cobre y encargábase de pagar, acto seguido, al transeunte abofeteado, la multa legal de veinticinco ases”. [1]

(1) Arturo Schopenhauer.—La Libertad.

El honor nacional, es el deseo de ocupar un rol superior en el concierto de los pueblos; en él, si no queremos engañarnos, no encontraremos el concepto básico de censura por hechos no ajustados a la opinión de las demás naciones; pues cuando conviene a un Estado no conservar su integridad, si él es fuerte y poderoso, le importa muy poco la reprobación del mundo.—En el honor nacional existe siempre, en gestación continua, o las maquinaciones para detener el avance de un vecino poderoso y restablecer el equilibrio, o el ideal de expansionismo, tendientes ambos al espíritu de quijotería de ocupar un puesto elevado en el vasto engranaje de los pueblos.

Chile y el Argentina, simulan una potencialidad económica, que no tienen, manteniendo una fuerza naval considerable, por llevar la hegemonía en el Continente Austral.

En el fondo de las guerras, vestidas con los colores nacionales, encontramos siempre las tendencias apuntadas.—El Gran Imperio de Occidente, condensaba la política de la antigüedad: destruir para vencer; las entidades que no se sometían debían ser aniquiladas.—El orgullo de la Francia, con el genial demolidor de tronos, exteriorizó su honor nacional en el deseo de dominio: los pueblos que no reconocían su inmenso poderío, debían ser vencidos.—El ocaso del gran genio, debióse a no reconocer rivales en su vasto imperio.

La guerra de Crimea obedeció a un cambio en el tratamiento entre soberanos y en el fondo de ese pretexto fútil y engañoso, se veía el deseo de expansionismo de Napoleón III.

El Japón, hasta la guerra Ruso Japonesa, no ocupaba el rol de gran potencia, a que las fuerzas vitales de su pueblo podían conducirlo; buscó una causa y rompió las hostilidades con una nación hasta entonces poderosa, y vencedor logró figurar entre los Estados más potentes del globo.

Y en la gran conmoción humana, que hoy estamos contemplando, logramos divisar, al través del honor alemán, el orgullo de su poder concretándose en un imperialismo injusto y despiadado que trata de aniquilar las fuerzas de la vieja Europa, demoliendo la obra de los siglos y lanzando un audaz insulto a la humanidad y a la civilización.

El pudor es una forma de honor, característico sobre todo en la mujer: ha sido diversamente comprendido y se ha extensificado con el desarrollo del sentimiento ético, siendo todavía una de las mentiras convencionales de que nos habla Max Nordeau; nos remitimos en este punto a Garófalo, Schopenhauer e Ingenieros. [1]

[1] La Criminología.—La Libertad.—La simulación en la lucha por la vida.

Tratemos del sentimiento religioso, que parece el más difundido entre los hombres.—Las religiones se han adaptado al marco de cultura de los pueblos: habiendo tantos dioses, como estrellas contiene el cristal vaporoso de los cielos.

Han existido pueblos que no han tenido la menor idea de Dios y hay todavía tribus que jamás se han dado cuenta de la divinidad.—Darwin dice “nos han comunicado viajeros, que han vivido largo tiempo entre los salvajes, de que ha existido y existe un gran número de pueblos que no creen ni en uno ni en varios dioses y que ni siquiera tienen en su lengua una palabra que exprese a la Divinidad.—Según Schopenhauer, la lengua china no tiene palabras para expresar las ideas de Dios ni de creación.—Muchos detalles hallamos en este punto en Julien Vinson y en Buchner. Ningún pueblo degradó tanto el sentimiento religioso como el egipcio: adoró a los animales más bajos y hasta repugnantes, dando esta forma extraña al sol que lo consideraba como al creador de todo lo existente y designándole con diversos nombres en los distintos puntos del Imperio.—Los asirios y babilonios adoraron al sol, a la luna y los planetas, dando a sus dioses forma humana o animal; los fenicios concibieron dioses creadores y destructores.—Estos dioses, representados por ídolos, tenían templos, altares y sacerdotes. Se les honraba con orgías y ruidosas fiestas si eran creadores y con sacrificios humanos si eran destructores.—Los persas imaginaron dos fuerzas en eterna lucha, Ormuz y Ahriman; todo lo bueno procede del primero y lo malo del segundo; el primero tiene ángeles a que cooperen a su obra, el segundo demonios para que persigan la suya; el primero vive en Oriente, iluminado por el alba; el segundo en la sombra del crepúsculo.

La Grecia feliz, creó muchas deidades; toda fuerza de la naturaleza era un dios; pero un dios finito que tenía un origen, una historia y se consagraba a un fin de la vida, a una fase de la naturaleza: su forma la más bella que el griego conocía, la humana, con sus cualidades y defectos; pues forjó la divinidad a su imagen y semejanza —Los romanos adoptaron la religión griega con pocas diferencias; ellos no daban formas precisas a sus dioses, no admitían historias, ni menos teogonías; se apegaron mucho a las formas, a los ritos, de tal manera de creer que si no rendían culto de cierta manera, nada se conseguía de la divinidad.

El indostánico llamaba a sus dioses *devas*, los resplandecientes —Cuanto riela, es una divinidad: el cielo, la aurora, las nubes, las estrellas; pero principalmente el sol (Indra) y el fuego (Agni). Los brahmanes, hicieron un dios de la oración (Brahma); pues por ella se consigue todo.—Este dios no ha creado el mundo sino que constituye la sustancia del Universo; nace de él todas

las cosas, no como sale el objeto de las manos del obrero, “sino como el árbol de la semilla y de la araña la tela”.—El Budismo no creó divinidad alguna, fue una religión de amor, de caridad, de fraternidad, de tolerancia, al través del nirvana, destructor de la personalidad.

“Véase el poético cielo de los griegos, dice Buchner, poblado de figuras ideales, donde los dioses eternamente jóvenes y bellos, gozan, ríen, combaten como los hombres, intrigan y hallan su mayor delicia en mezclarse personalmente en los destinos humanos; ese es el cielo que ha inspirado a Schiller, su hermoso poema Los dioses de la Grecia.—Considérese al sombrío e irascible Jehová de los Judíos, que castiga hasta en la tercera o cuarta generación; el cielo de los cristianos, donde divide su omnipotencia con su hijo y donde los bienaventurados están colocados, en un orden jerárquico, conforme, en un todo, a las ideas humanas; el cielo de los católicos, donde la virgen ruega cerca del Salvador, con su ternura y su elocuencia de mujer en favor de los culpables; el cielo de los orientales, que promete a los fieles numerosas *huríes* de una hermosura inmarcesible, una perpetua frescura en medio de bulliciosas cascadas y el eterno goce de los sentidos; el cielo de los groenlandeses, donde la mayor felicidad consiste en una gran cantidad de pescado y de aceite de ballena; el cielo del cazador *indio*, donde una caza eternamente abundante recompensa al bienaventurado; el cielo de los germanos, que beben en el Walhalla sidra en los cráneos de sus enemigos”.

Vemos pues, que ~~esta vaciada~~ nuestra personalidad en la fantasía de los dioses; éstos son más o menos perfectos, según el pueblo que los ha creado, según el grado de civilización en que han nacido; según el medio en que han evolucionado.

Los persas flotaron en un campo en que parecía que las fuerzas de la naturaleza tendían a destruirse: llanuras hermosas y campos desiertos, en donde caldeaba un sol reverberante; oasis llenos de poesía, y montañas inaccesibles; fríos intensos en unas partes y temperaturas ardientes en otras; de ahí es que crearan deidades en eterna lucha, en conformidad al medio en se habían desenvuelto.—Los griegos idearon dioses hermosos, que condensaban la belleza de su pueblo, la pureza de su aire, la limpidez de su cielo, la poesía de su mar, siempre tranquilo, reluciente y diáfano.

Aun los pueblos civilizados imprimen a sus dioses caracteres humanos, y no puede ser de otro modo ya que deidades imaginadas por el hombre, tienen que participar de su naturaleza y adolecer de las imperfecciones del ser que los imaginó.—Por eso decía Jenófanes: “si los bueyes y los leones tuvieran manos

y pudieran dibujar como los hombres, habrían dado a sus dioses cuerpos parecidos a los suyos propios, los caballos, cuerpos de caballos y los bueyes de bueyes.—Los hombres creen que los dioses tienen sus sentimientos, su voz y su cuerpo". Por consiguiente, como dice Lutero, Dios es un cuadro en blanco, sobre el cual no hay más inscripción que la que tú mismo pongas.— Ya se llame Osiris, Ylú, Asur, Baal, Jehová, Ormuz, Júpiter o Zeus, Indra, Brahma, Buda o Cristo todos son inscripciones escritas por los siglos, sobre el gran cuadro forjado por el hombre.

En consecuencia nada hay innato en el hombre, todo lo que forma parte de la psiquis humana, es lo que ha pasado al través de los sentidos.—Un ciego de nacimiento, podrá tener idea de las límpidas policromías de la aurora; los extraños arabescos formados por los arboles de la tarde y la floración de estrellas, prendidas al gris misterioso de la noche? tendrá idea de la belleza femenil, de la perfección de la línea trazada en el lienzo o en el mármol? Un sordo de nacimiento, imaginará siquiera las atracciones del ritmo, los encantos de la armonía, traducidos en una sonata de Paganini o de Bhetowen? Un niño desarollado en la selva, aun perteneciendo a una familia culta, tendrá idea de la divinidad, del honor, del patriotismo, de la benevolencia, de la probidad, de la justicia, del amor y de todo aquello que forma el sentimiento ético de un individuo?....

El Universo existe, mientras el cerebro piensa; desde que cesa de latir el corazón, ha muerto todo para el hombre; luego la existencia de los mundos, depende de la vida de los seres: el mundo exterior vive, mientras haya cerebros que lo piensen y el mundo interior mientras haya otro que lo forme.—Yo involucro vida a la que está fuera de mí, influyendo en mí lo de fuera y refluyendo de mí hacia fuera; luego los dos mundos coexisten, sin que puedan separarse; no hay dentro de mí sino lo de fuera y no hay fuera de mí sino lo que ha podido reflejarse en mi conciencia; no está en mí lo espiritual, por que no está en el mundo exterior; no podemos a hacer esfuerzo de abstracción, sin concretizaciones anteriores; no tenemos idea de la belleza, de la blancura, de la luz, del sonido, sin que objetos bellos, blancos, luminosos, sonoros, hayan preexistido a nuestra concepción; luego no existiendo nada dentro del ser, el derecho natural no ha nacido con el hombre....

La subjetividad florece ideas, engendra emociones, empuja sentimientos, evapora fantasías, abstrae concepciones, forma juicios y se eleva a los procesos psicológicos, mediante estímulos externos, como el vientre de la tierra fecunda la siembra dando la planta portentosa y el fruto sazonado.

Si el derecho natural ha sido ingénito en la naturaleza ¿Cómo fuentes del pensamiento han podido existir fuera del

pensamiento? Cómo si ha coexistido con el hombre no ha aparecido con el hombre?—Cómo si ha nacido con la humanidad aun hay parte que no tiene noción de él?... .

En conclusión, el derecho natural es el código de conducta adquirido en sociedad con el lento evolucionismo de los tiempos, y al través de los medios en que aquélla se ha desenvuelto.

Está formado y siempre en camino de perfección —El mañana puede ser más risueño y más vasto el horizonte de la vida... .

Y un día vendrá y la felicidad será hecha; de un fecundo fiat-lux brotará un nuevo panorama de bellezas y la naturaleza en pasividad encantadora, será más propicia y mas obediente a, esfuerzo humano; los puntos luminosos del espacio, serán los amigos del planeta; se arrancará los secretos a la masa firmamental del Universo y el prodigio nacerá del super-hombre; en ansia de nuevas orientaciones y nuevos cambios, se espaciará sobre lo desconocido y brotarán nuevos inventos y nuevos descubrimientos; y bajo la nivea azulidad del firmamento, levantará el inmenso templo a la naturaleza, saludando al Progreso y elevando himnos a la Gloria; y se immortalizará en el mármol y en el bronce, la pujanza del genio, la grandeza del esfuerzo.— No habrá supersticiones, ni prejuicios, de la desoladora voluntad de entes sobre naturales, resurgirá la explicación de los fenómenos por causas naturales y no habrá más poder, que el del hombre dominando el planeta y palpitando en el seno del gran equilibrio universal; y un nuevo panteísmo nacerá de la grandiosidad humana; pero en vez de la fuerza inmanente de un ser inconcebible, habrá la potencia cerebral del super-hombre; y el abismo insondable del misterio empezará a clarear: las columnas de caducos fanatismos, las famosas catedrales del pasado serán sustituidas con los templos del saber, y los dioses de oscuras teogonías con el dios del Bien, del Amor, de la Igualdad, de la Justicia.— No habrá mas lucha entre los hombres; su ideal será la felicidad, su dios la conciencia, su norma el deber, su guía la ciencia —Desaparecerá el mío y el tuyo: todo será de todos; se gozará en el placer de los demás; y no habrá fronteras, ni egoismos que separen las naciones; la humanidad será una, que en su anhelo de perfección, trabajará por el pro-común; a la fuerza sustituirá el derecho y el débil no será absorbido por el fuerte; la ley será la voluntad de todos y el límite de toda acción el derecho de los demás.—Si hay alguna preferencia entre los hombres será la que despierte el genio, el esfuerzo, la virtud; el que ha vencido mayores resistencias tendrá mérito y el que ha hecho más por los demás será virtuoso... .

(Continuará).